

## 284. Las bellotas de San Eugenio

La tradición se sitúa en El Pardo, en torno a la zona de la ermita del Cristo de El Pardo y el encinar cercano. La tradición cuenta que en el siglo xvii Felipe IV se encontraba cazando por aquellos terrenos cuando se topó con un vecino recogiendo bellotas, lo que suponía la entrada en terrenos vedados para el pueblo. Interrogado por el monarca, el lugareño le explicó que estaba recogiendo los frutos para alimentar a su familia, y que si no lo hacía morirían de hambre. El rey, conmovido por la explicación, dictó una orden que permitía la entrada al monte para recoger bellotas cada 15 de noviembre, festividad de San Eugenio.

Esa decisión supuso que muchos otros vecinos se fueran uniendo hasta cristalizar en la romería de San Eugenio o de la Bellota. Tuvo especial trascendencia porque se trata cada año de la última del calendario festivo rural de la ciudad y congrega a una gran multitud de personas.

Tras la Guerra Civil El Pardo se convirtió en la residencia oficial de Francisco Franco, el acceso al monte quedó altamente restringido y la romería perdió su popularidad e interés, dejando de celebrarse o realizándose de forma muy discreta.



A partir de 1993 el barrio recuperó la fiesta con un guion que combina lo campestre y lo muy madrileño, con pregón, música popular, trajes tradicionales —a menudo goyescos—, recorrido con la imagen del santo por las calles y salida al encinar, donde se celebra misa de campaña. Y, por supuesto, migas y bebida para entrar en calor, porque en noviembre las temperaturas ya suelen ser bastante bajas.

El evento ha calado en la cultura, conservándose un gran lienzo titulado *La romería de San Eugenio* en el Museo del Prado, y la fiesta aparece como arranque o escenario en la zarzuela *El barberillo de Lavapiés*, donde el bullicio festivo sirve de telón de fondo a enredos políticos y amores con chispa.

Así que las bellotas de San Eugenio son una excusa perfecta para echarse al monte... pero también un recordatorio de cómo Madrid convierte lo cotidiano —comida humilde, paseo otoñal, permiso real, música de calle— en tradición compartida; y de paso, en una frase que casi se oye al aire libre: «Abrígate... que El Pardo y la bellota traen invierno».

## 285. La calle del Turco

La actual calle del Marqués de Cubas, muy próxima al Congreso de los Diputados y al Banco de España, se extiende desde la calle de Alcalá hasta la Carrera de San Jerónimo y fue previamente conocida como la calle del Turco. Según Pedro de Répide, el embajador turco estuvo alojado allí en el siglo xvii y por este hecho la vía tomó el nombre, aunque antes ya había sido conocida como calle de los Jardines cuando a ella daban las fachadas traseras de varios palacios que tenían entrada principal por el paseo del Prado. Solo a partir de 1900 recibió el nombre del marqués, que había sido alcalde de Madrid y al que se atribuyen las primeras trazas de la catedral de la Almudena.

Allí residieron en distintas épocas las prominentes familias de Maceda, Atares, Monterrey, Fuentes, Arión, el conde de Miranda o la marquesa de Ariza. Y en la esquina con la calle de Alcalá se edificó la llamada Casa de los Alfileres, porque la construían como dote para la duquesa de Abrantes. Finalmente sería palacio del Marqués de Casa Riera.

En el número 13, en la esquina con Los Madrazo, estuvo el almacén de la Real Fábrica de Cristales de La Granja. Este depósito, activo al

menos desde finales del siglo XVIII, servía para almacenar y distribuir los espejos, vidrios y cristalerías finas que se producían en el taller segoviano de San Ildefonso y se destinaban a los palacios reales y a la nobleza madrileña, a los que en aquellos años comenzaba a unirse una pujante burguesía. En ese mismo edificio se celebró la primera exposición pública de la industria española en 1828, visitada por Fernando VII y al que no le debió interesar mucho, ya que dijo al presidente del Gobierno: «Vámonos de aquí, que esto es cosa de mujeres».

Desde 1914, y tras otros varios usos, el edificio alberga la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. La institución estuvo sin sede estable durante más de un siglo hasta que adquirió el palacete para instalar allí sus dependencias y su valiosa biblioteca jurídica. Desde entonces el edificio ha sido testigo de importantes reformas legislativas, conferencias y debates sobre el derecho español.

El hecho que marcó a esta calle fue el atentado que le costó la vida al general Prim, que ejercía el cargo de presidente del Gobierno cuando regresaba en su berlina de dos caballos del Congreso a su residencia oficial, el palacio de Buenavista. Pero eso ya es otra historia.

## **286. El bocadillo de calamares**

¿Cómo el bocadillo de calamares puede ser típico de una ciudad que está a más de trescientos kilómetros del mar? Esa barra de pan rellena de anillas de calamar rebozadas y fritas se ha convertido en uno de los referentes de la capital, especialmente en las zonas aledañas a la plaza Mayor, lugar de paso obligado para los turistas que nos visitan.

Aunque no parece que exista un documento que precise su origen, Madrid empezó a recibir pescado desde las costas de Galicia y del Cantábrico gracias a mulas que cruzaban la Calzada Real o Camino Gallego, cuando para que llegara relativamente en buen estado se construían pozos llenos de nieve en invierno que ayudaban a conservarlo. Ya en el siglo XIX y XX varias circunstancias confluyeron para mejorar la situación: la llegada del ferrocarril mejoró el acceso al pescado de costa, lo que permitió preparar ingredientes como el calamar con mayor regularidad, y se mejoraron los transportes por carretera, que redujeron el tiempo necesario para hacer el recorrido.

Algún autor como José Corral en su *Ayer y hoy de la gastronomía madrileña* apunta a que el origen es andaluz y que llegó a Madrid como consecuencia de la inmigración, a la que se unió la proliferación de tabernas y colmaos flamencos que servían los vinos y *pescalíos* fritos típicos de la tierra.



Fue ya a mitad del siglo pasado cuando abrió sus puertas en Chamberí El Brillante, un bar que incluyó en su oferta el bocadillo de calamares, como una alternativa fácil de preparar, rápida, sabrosa y barata. Mas tarde se unieron otros establecimientos y hoy existe incluso una Ruta del Bocadillo de Calamares en la zona cercana a la plaza Mayor.

En definitiva, ese bocado tan sencillo encierra siglos de historia de transporte de pescado, adaptaciones gastronómicas, migraciones culinarias y un Madrid que sabía hacerse grande incluso sin mar. Y todo eso dentro de un bocata.

## 287. Presidentes asesinados

España es uno de los países occidentales con más jefes de Gobierno asesinados. De los cinco, cuatro lo fueron en Madrid, algo que puede ser lógico teniendo en cuenta que la ciudad ha sido la sede del Gobierno y por tanto la residencia de sus presidentes.

El primero fue el del general Juan Prim y Prats, presidente del Consejo de Ministros y héroe de la guerra de África. Prim fue tiroteado la noche del 27 de diciembre de 1870 a la salida del Congreso cuando se dirigía a su residencia del palacio de Buenavista, en el cercano paseo de Recoletos. Los disparos, efectuados desde una berlina en la estrecha calle del Turco, le causaron graves heridas que acabarían con su vida tres días después. El crimen, nunca completamente esclarecido, es considerado uno de los grandes misterios políticos del siglo XIX español. Prim era el principal valedor de Amadeo de Saboya y su muerte supuso una mayor inestabilidad a la llegada del nuevo rey, que se produjo unos días más tarde.

El 12 de noviembre de 1912 José Canalejas paseaba por la Puerta del Sol y se detuvo ante el escaparate de la librería San Martín mientras esperaba para acudir al Consejo de Ministros. De pronto apareció el anarquista Manuel Pardiñas Serrano, que le descargó varios disparos cayendo el político abatido al instante. Canalejas huía en ocasiones de su escolta, pues no le agradaba moverse siempre rodeado de policías, lo que hizo de él un blanco más accesible. Algunos testigos afirmaron que Canalejas estaba en aquel momento observando un mapa de los Balcanes expuesto en la librería.

Eduardo Dato fue tiroteado el 8 de marzo de 1921 en la calle durante un trayecto en coche oficial después de salir del Senado. Los autores fueron tres anarquistas que utilizaron una motocicleta con sidecar para acercarse al coche del presidente. Habían planeado el atentado en un garaje alquilado en Ciudad Lineal y habían hecho algún ensayo previo con la moto. Tras el atentado los investigadores encontraron el vehículo en el garaje con pistolas, cargadores y munición en su interior.

Quizás el más espectacular por su forma fue el de Luis Carrero Blanco el 20 de diciembre de 1973, que fue cometido por la organización ETA mediante explosivos en la conocida como Operación Ogro. Los terroristas excavaron un túnel para colocar la carga explosiva bajo la calle por la que pasaba el coche del presidente del Gobierno y la explosión hizo que el vehículo oficial saliera despedido varios metros hasta quedar suspendido sobre el balcón de un edificio cercano.

A ellos habría que unir el de Antonio Cánovas del Castillo, que fue asesinado en Mondragón mientras pasaba unos días de descanso.

## **288. Pirulo**

Uno de los personajes más castizos de la zona del Retiro fue sin duda Pirulo, un vendedor de golosinas y cambista de cromos que supo ganarse el cariño de varias generaciones de madrileños. Nacido en 1924 en la calle Ibiza de Madrid, hijo de emigrantes murcianos, Luis Ortega Cruz comenzó con humildes medios y terminó convirtiéndose en un auténtico símbolo popular.

Su familia vendía en la calle chucherías y otras viandas, a lo que él incorporó su afición por los cromos y los tebeos, que pronto comenzó

a intercambiar con otros niños. En mayo de 1942 instaló su puesto en la entrada del Retiro, junto a la puerta de América, en la avenida de Menéndez Pelayo. Allí vendía pipas, golosinas, globos y, sobre todo, se convirtió en centro de intercambio de cromos y tebeos, bajo su consabido grito de «Sile, nole, sile, nole!» —«Sí le tengo, no le tengo»— al cerrar los cambios. La regla general era de uno difícil por cuatro fáciles.

Su labor no se quedó solamente en lo comercial. Se cuenta que en 1956 salvó la vida de una niña que había sido atropellada y dada por muerta, pero él detectó que respiraba, la trasladó velozmente al hospital y la pequeña se recuperó. Fue además un activista vecinal, impulsor de mejoras para el Retiro y para los barrios periféricos. En los años ochenta recogió miles de firmas para reclamar el cuidado del parque, y colaboró con obras sociales en zonas más desfavorecidas.

Una placa con la leyenda «A D. Luis Ortega 'Pirulo'. Los niños de ayer, hoy y mañana. Madrid-1988» fue colocada en el Retiro, donde se mantiene en homenaje a su figura, aunque en distintas ocasiones se ha denunciado su deterioro y poco cuidado por su conservación. Pirulo cerró su negocio en los noventa y falleció en una residencia de Arganda en 2009.

Pirulo no solo representa la nostalgia de la infancia madrileña, sino también una figura humana que convirtió un pequeño comercio en ventana de generosidad y participación ciudadana.

## 289. Los ciegos y sordomudos

La historia de personas ciegas, sordas y sordomudas en Madrid se une a la de la ciudad, ya que siempre las hubo y recibieron distinta consideración según la época. Los ciegos estaban organizados en agrupaciones, dedicándose a tocar instrumentos musicales y recitar sucesos en lo que se llamaba *literatura de cordel*. Acompañados por un lazarillo en muchos casos, vagaban de una ciudad a otra viviendo de la caridad.

El primer cambio para estos colectivos se produjo con la llegada de la Ilustración, cuando se decidió que con una ayuda en formación podían ganar autonomía y capacidades, con las que también aumentarían su aportación a la sociedad.

La primera iniciativa fue un aula en las Escuelas Pías de Lavapiés que se abrió en 1795 para la formación de sordomudos. En 1802 se

trasladaría a la Casa de la Panadería, aunque la puesta en marcha tuvo muchas dificultades, como la falta de fondos o maestros poco preparados, lo que algunos estudiosos califican como «gestación dificultosa y mal parto». Todo el proyecto se vino abajo durante la Guerra de la Independencia, retomándose en mayo de 1814 con el colegio para sordomudos de la calle del Turco, actual Marqués de Cubas, bajo el amparo de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

En cuanto a la educación de ciegos, Madrid también fue pionera. Se estableció la Escuela Normal de Ciegos en 1842, dirigida por el mismo equipo que el colegio de sordos. Poco después, bajo la dirección de Juan Manuel Ballesteros, en 1852 se fusionaron los centros de sordos y de ciegos, dando lugar al Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos de Madrid.

En cuanto al funcionamiento y reglas, la enseñanza era gratuita, los alumnos podían ser internos o externos dependiendo del grado de su enfermedad, eran admitidos con edades entre los siete y catorce años hasta que cumplían los veinte, debían estar vacunados y en buen estado de salud, y contar con un tutor en la ciudad.

Con la Ley Moyano aún se organizó de manera más clara el funcionamiento de la institución con normas sobre la capacitación de los profesores y un programa que debía cubrir la enseñanza primaria, la instrucción manual y la educación artística. Ello abrió las puertas a la creación de otros proyectos, al mismo tiempo que hacía insuficiente el espacio del Colegio Nacional, por lo que en 1887 se adquirió el solar del número 61 del paseo de la Castellana en el que se levantó el edificio de este colegio especializado.

